

40.000 hombres para acudir en auxilio de su yerno, cuya existencia peligraba. El disgusto de Jacobo había subido de punto al tener noticia de algunas cartas dirigidas por el emperador al rey de España, en las cuales Fernando manifestaba francamente su propósito de conceder la dignidad electoral á Maximiliano. Aquellas cartas habían caído, por una fatal casualidad, en poder de Mansfeld, quien las transmitió inmediatamente al conde palatino, el cual se apresuró á hacerlas públicas, y contribuyeron no poco á fortalecer la oposición de los protestantes alemanes contra Fernando.

Bien claramente se vió esto cuando se inauguró en diciembre de 1622 la asamblea de diputaciones, cuya convocación, proyectada por Fernando ya en 1621, había tenido que irse aplazando á consecuencia de un cúmulo de dificultades diplomáticas. Cumpliendo las disposiciones que desde el siglo XVI regían en materia de estas asambleas de diputaciones, que en algunas cuestiones importantes hacían las veces de la dieta imperial, habíase invitado á los electores, á los duques de Baviera, Brunswick, Pommerania y Mecklenburgo, al landgrave de Hesse-Darmstadt, al arzobispo de Salzburgo y á los obispos de Wurzburg, Bamberg y Espira. Pero de los príncipes protestantes invitados solo uno acudió personalmente, el landgrave de Hesse-Darmstadt. Aquella vez hasta el príncipe Juan Jorge de Sajonia se negó á responder á la invitación imperial, lo cual era debido á que no solamente se había sorprendido por la publicación de aquellas cartas, sino que además estaba indignado por la crueldad cada vez mayor de la reacción religiosa en Bohemia, que, á pesar de sus advertencias y reparos, dejábase ya sentir sobre los luteranos de Praga. Tampoco se dió gran prisa al de Sajonia por enviar á la asamblea sus embajadores que no llegaron sino después de haberse verificado la inauguración que, esperándoles á ellos, se retardó hasta el día 5 de diciembre. Aquellos embajadores tenían orden no solo de protestar contra la confiscación de los templos luteranos de Bohemia, sino también y muy principalmente de no consentir la concesión de la dignidad electoral á Maximiliano, y únicamente estaban autorizados para, en último caso, acceder á que la dignidad y los territorios electorales fuesen otorgados no al conde palatino, sino á sus hijos.

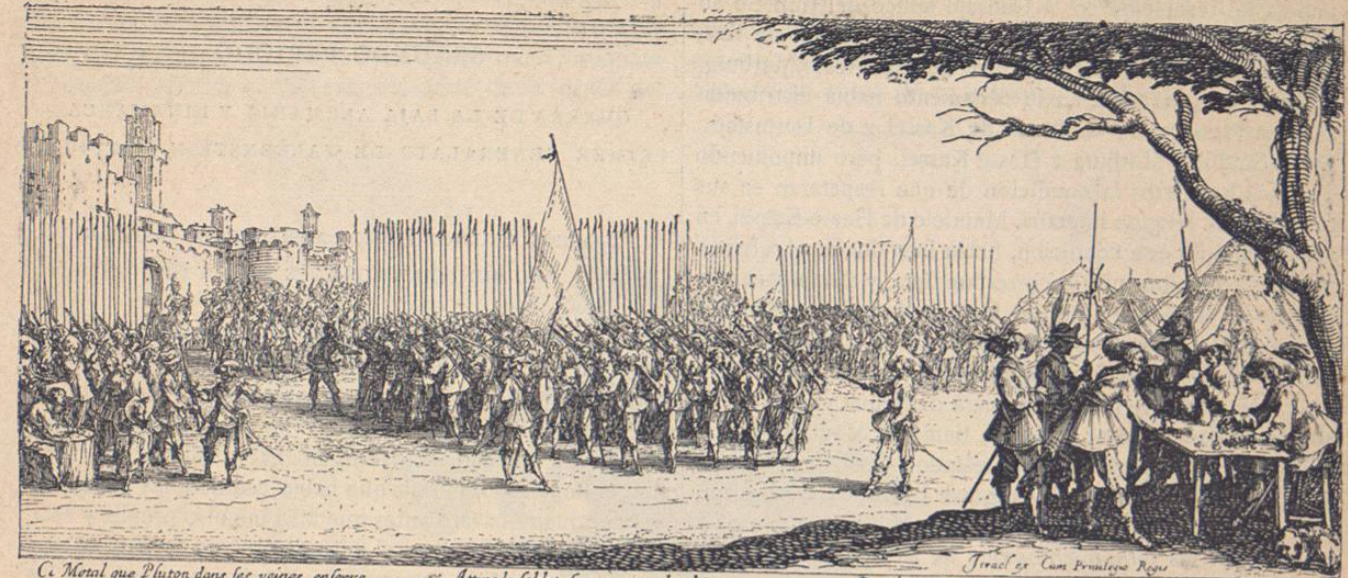
Si para la concesión del electorado á Maximiliano no podía contar con aquel aliado suyo en la lucha sostenida contra sus súbditos rebeldes, menos podría confiar aun en los demás príncipes protestantes. Cuando llegaron á Ratisbona los embajadores de Sajonia, todavía no estaban allí los de Brandeburgo, Brunswick, Pommerania y Mecklenburgo: los dos primeros se presentaron durante el curso de los debates, pero los dos últimos no comparecieron. El elector de Maguncia se mostró en un principio dispuesto á oponerse á la concesión del electorado en favor de Maximiliano, habiendo influido en primer término en esta actitud la que observaba el elector de Sajonia, con quien aquel mantenía muy cordiales relaciones. Pero el que mas enérgicamente combatió las pretensiones del duque de Baviera fué siempre el embajador español Oñate.

Bajo tan desfavorables auspicios, Fernando entregó al elector de Maguncia en la sesión solemne de 17 de enero de 1623 la proposición que había de ser la base de las discusiones y cuyo primer punto expresaba el propósito del emperador de despojar al conde palatino de su dignidad electoral y de otorgársela á Maximiliano. Los demás extremos, sobre los cuales solo hubiera podido deliberar propiamente una dieta imperial, se referían á los medios para restablecer la paz, á la defensa que debía oponerse á los ataques dirigidos por los holandeses contra el territorio del Imperio, á la supresión de los gravámenes imperiales en el sentido

en que había sido discutida en la dieta de 1613, y por último á la administración de justicia y al sistema monetario. Todas estas cuestiones se posponían naturalmente á la de la concesión del electorado que era la que todo lo dominaba. Dada la actitud que hasta entonces habían guardado los protestantes, era indudable que respecto de esta última se produciría una abierta disidencia y por esta razón precisamente España había protestado con tanta energía contra tal medida. En la primera sesión que se ocupó de este asunto, la de 24 de enero, los obispos, incluso el elector de Maguncia, de quien entretanto se había conseguido que desistiera de su oposición, manifestaron su conformidad con el primer punto de la proposición; en cambio este fué resueltamente combatido por Luis de Hesse-Darmstadt y por los representantes de Sajonia y de Brandeburgo. Aquel día los congregados se separaron sin tomar un acuerdo definitivo. Los partidarios de Maximiliano pusieron en juego todas sus influencias para vencer la oposición de Sajonia, pero sus tentativas fueron inútiles, y el día 26 de enero el elector de Maguncia hubo de decidirse á enviar á la cancillería imperial las opuestas declaraciones de ambos partidos y lo hizo de manera que revelaba á las claras su empeño de exponer nuevamente al emperador sus graves escrúpulos acerca de la solución con tanto empeño perseguida, en favor de la cual había votado aunque bien á pesar suyo. El emperador contestó en 30 de enero con una réplica por escrito combatiendo la protesta de los protestantes y afirmando enérgicamente su derecho de disponer libremente del electorado, derecho que aquellos le negaban fundándose en los párrafos 26 y 39 de la capitulación electoral. Es indudable que la razón estaba de parte de estos últimos: los párrafos por ellos citados disponían que el emperador no pudiese resolver ningún asunto importante sin el consejo de los electores, ni llevar á cabo ninguna ejecución contra un Estado del Imperio sin que hubiese sido declarada conforme á derecho la proscripción decretada. El emperador había faltado á estas dos prescripciones lanzando contra Federico la proscripción sin antes solicitar el asentimiento de los electores, y los protestantes sostenían enérgicamente su punto de vista, viéndose esta vez firme é invariablemente apoyados por Sajonia. El emperador, que, además de esto, veía con gran inquietud los aprestos militares que estaba haciendo el círculo de la Baja Sajonia y los nuevos alistamientos de tropas de Mansfeld y de Cristian de Halberstadt, comenzó á comprender que enfrente de la resistencia unánime de los protestantes era imposible otorgar en toda su extensión la concesión de la dignidad electoral, y en 17 ó 18 de febrero se decidió á manifestar á Baviera y al electorado de Colonia la imposibilidad en que estaba de conceder aquella dignidad á Maximiliano con el carácter de hereditaria, haciendo notar á aquellos Estados la necesidad de condescender por lo menos en parte á lo que la oposición protestante reclamaba. Al fin se convino en adoptar un término medio que Hesse-Darmstadt dijo que podía admitir, y en 21 de febrero los embajadores del elector de Tréveris propusieron, por indicación del emperador, que se confiriera la dignidad electoral al duque de Baviera, pero que al propio tiempo se negociara la reconciliación con el conde palatino, para tratar de lo cual se convocaría otra asamblea. En el caso de que ni aun así se consiguiera la paz, el colegio de príncipes electores debía decidir si el emperador podía disponer libremente del electorado ó si debía reconocerlo como perteneciente de derecho á los hijos y allegados del conde palatino, debiendo obligarse el duque de Baviera por escrito á respetar el fallo del colegio y á renunciar, si era preciso, á la dignidad de príncipe elector. Uno de los protestantes, el landgrave Luis

de Hesse Darmstadt, aceptó esta proposición, á condición, sin embargo, de que el emperador no continuara en su reforma de las iglesias luteranas de Praga. En su consecuencia, el día 23 de febrero envió Fernando á la asamblea de diputaciones su resolución definitiva, en la cual privaba al con-

de palatino de la dignidad electoral en castigo de los «grandes é indisculpables crímenes» que había cometido, pero dejaba entrever la posibilidad de una gracia «si el conde se humillaba y arrepentía como era debido y renunciaba á todas sus maquinaciones.» Prometía, además, el emperador



*Ci Metal que Platon dans ses vaines enfonces, / Que fait, en meime temps, et la paix, et la guerre, / Au lieu de sa naissance, aux Paix etrangere.*  
*Travail et Com. Princes Regis / Ou font embarque pour suivre la Misere / Il faut que sa vertu s'oppose contre le vice*

Alistamiento de tropas

Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) inserto en *Les miseres et malheures de la guerre* (Las miserias y las desdichas de la guerra)

estudiar los derechos de los hijos y parientes, para lo cual entablaria negociaciones con el rey de Inglaterra ó convocaría una dieta de príncipes electores. Después de todas estas manifestaciones otorgaba el electorado á Maximiliano

para mientras viviera, y de conformidad con esta resolución el día 25 de febrero verificóse la solemne ceremonia de investir al duque bávaro, en la forma indicada en aquella proposición conciliadora, á pesar de que los protestantes, con



*Ceux que Mars entreprenne de ses actes meschans / Accommodent aussi les pauvres gens des champs / Et sur le bestial meime exercent des ravages,*  
*Ilz les font prisonniers ils brustent leurs villages, / Sans que la peur des Loix non plus, que le deuoir / Ny les pleurs et les cris les puissent ymouvoir.*

Saqueo. Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) inserto en *Les miseres et malheures de la guerre*

excepción del landgrave de Hesse-Darmstadt, perseveraban en su resistencia. Que tenían razón sobrada para persistir en esta actitud y que el emperador, al hacer aquella concesión arrancada por la fuerza de las circunstancias, no había procedido respecto de los protestantes con la debida formalidad, lo demuestra el compromiso que por escrito y contrariando abiertamente el espíritu y la letra de aquella proposición conciliadora contrajo Fernando con el duque el día antes

de la investidura, en virtud del cual aseguraba á Maximiliano la posesión del electorado durante su vida y además le prometía, para el caso en que la nueva asamblea se decidiera en pro de los derechos de los hijos del conde palatino, no respetar en lo mas mínimo tal decisión. Como se ve, no se trataba de otra cosa que de un engaño repugnante y premeditado con el cual se había intentado sorprender á los protestantes. Ciertamente que no se había conseguido el fin prin-

cial de acallar la oposicion de estos, pero bastante se habia ganado con haber logrado deslumbrar al landgrave de Hesse-Darmstadt con aquella ficticia condescendencia del emperador, el cual no dejó de demostrarle su agradecimiento fallando cierto pleito en su favor. Desde hacia muchos años pendia de resolucion en el Consejo áulico del Imperio un litigio entre el landgrave Luis y su primo Mauricio de Kassel sobre la herencia del landgrave Luis de Hesse-Marburg, fallecido en 1601. Este en su testamento habia distribuido sus territorios entre las líneas de Kassel y de Darmstadt, adjudicándoles Marburg á Hesse-Kassel, pero imponiendo á ambos herederos la condicion de que respetaran en sus territorios la religion luterana. Mauricio de Hesse-Kassel, en vez de cumplir esta condicion, habia introducido el calvinismo en la porcion que le correspondiera, y á consecuencia de esto el landgrave Luis de Darmstadt habia reclamado para sí toda la herencia, llevando el asunto ante el Consejo áulico del Imperio. Fernando aprovechó gustoso aquella coyuntura que se le presentaba para darle una prueba de su amistad y para castigar al propio tiempo á Mauricio por el apoyo que secretamente habia prestado á Cristian de Brunswick, y no solo adjudicó al landgrave Luis toda la herencia, sino que además condenó al landgrave Mauricio á abonar á aquel todos los rendimientos que de su parte de herencia habia percibido desde el dia en que, faltando á lo dispuesto en el testamento de Luis de Marburgo, implantó en sus nuevos dominios el calvinismo en detrimento de la confesion de Augsburgo. De esta suerte se falló de una manera bastante desventajosa para el landgrave Mauricio el pleito que sobre la sucesion de Marburg sostenian hacia muchos años las dos ramas de la casa de Hesse, y aunque era de suponer que los dos primos seguirian contendiendo por esta cuestion, dando quizás con ello motivo á nuevas intervenciones del emperador, por de pronto el landgrave Luis quedaba recompensado por su conducta en la dieta de Ratisbona y encadenado para lo sucesivo á la causa del emperador.

Fernando y Maximiliano debian realmente estar mas que agradecidos al landgrave; sin su aquiescencia y enfrente de la enérgica resistencia de los protestantes, apenas hubieran podido atreverse á llevar á cabo la concesion de la dignidad electoral, al paso que entonces siempre podian decir que hasta un príncipe protestante la habia aprobado.

El mundo católico saludó con gran júbilo tan satisfactorio resultado, y el papa Gregorio XV sobre todo, á quien correspondia una parte principal en aquel éxito, no se recató en hacer pública su satisfaccion. Apenas estuvo en posesion del electorado, se apresuró Maximiliano á dar conocimiento al romano Pontífice en una carta que rebosaba testimonios de gratitud: «Vuestra Santidad — le escribia — no solo ha ayudado al buen éxito del asunto, sino que con sus excitaciones, con su respetabilidad y con sus celosos esfuerzos ha sido el que verdaderamente nos ha proporcionado la victoria. Todo, absolutamente todo se debe al favor y al cuidado de Vuestra Santidad.» A esta carta contestó Gregorio XV con frases no menos apasionadas: «Tu carta, hijo mio, ha inundado nuestro pecho de gozo, como si en él entrara una lluvia de maná celestial: por fin la hija de Sion puede sacudir de su cabeza la ceniza del luto y cubrir su cuerpo con las vestiduras de fiesta.»

En realidad era aquel el mayor triunfo que desde hacia muchos años habia obtenido el catolicismo en el Imperio. Pero el asunto tenia otro aspecto sobre el cual llamó la atencion con insistencia hasta el último momento el embajador español, de quien no puede decirse que no fuera ardiente católico y repetidas veces habia dicho que solo á fuerza de nuevas y difíciles luchas podria sostenerse esa victoria. Pron-

to habia de verse de parte de quién estaba la razon: si de aquellos que sin reserva celebraban el triunfo del catolicismo, ó de los que sentian inquietudes por las consecuencias del mismo.

## SEGUNDO PERIODO

GUERRA DE LA BAJA ALEMANIA Y DINAMARCA  
PRIMER GENERALATO DE WALLENSTEIN (1623-1630)

CAMBIOS OCURRIDOS EN LA SITUACION GENERAL  
DEL MUNDO EN LOS AÑOS 1623 Á 1625

La cesion del Palatinado electoral á Maximiliano de Baviera fué, en el fondo, un triunfo para este mas bien que para el emperador, quien no sin grandes trabajos pudo dar aquel paso contra la resistencia de los príncipes protestantes. En realidad Fernando no habia sido el impulsor, sino el impulsado, puesto que habia cedido á las instigaciones del duque bávaro antes que á su impulso propio, y estaba tan convencido como el mismo gobierno español de que con aquella medida extrema aumentarían las fuerzas de los protestantes. Así fué en efecto y bien lo demostraron las noticias que se recibieron en Ratisbona durante la asamblea de las diputaciones. El peligro que sobre sí atrajo el emperador con su resolucion se hizo patente no solo en la tenaz resistencia que á esta opusieron los electorados de Sajonia y de Brandeburgo, sino en el hecho de que los holandeses, atemorizados por el amenazador incremento que tomaba la familia de los Habsburgos, facilitaran al conde de Mansfeld sumas de dinero con que hacer nuevos aprestos militares. Mansfeld, prévio el consentimiento de aquellos, se habia dirigido á la Frisia oriental y hecho considerables reclutamientos aparentemente destinados á los Estados generales, pero que en realidad, y de ello nadie dudaba, debian servir para reanudar la lucha en favor del conde palatino arrojado de los territorios que de derecho le pertenecian. Súpose al mismo tiempo en Ratisbona que entre los príncipes protestantes de la Baja Alemania reinaban grandes temores de una reaccion religiosa mas enérgica todavía, y que iba prevaleciendo entre ellos la opinion favorable á una intervencion activa en la lucha contra esas tendencias catolizadoras. El primero que sostuvo públicamente esta idea y que procedió en seguida al reclutamiento de tropas fué el duque Guillermo de Weimar. Entonces se agitó y puso en movimiento todo el círculo de la Baja Sajonia, y aunque esta no se sentia dispuesta á empeñarse todavía en una lucha abierta con el emperador, pensó por vez primera seriamente en armarse para lo que pudiera suceder, pretextando por de pronto que así podria mejor conservar su neutralidad inquebrantable entre las potencias beligerantes. En este sentido, una dieta del círculo bajo-sajon que se reunió en Brunswick al mismo tiempo que la asamblea de diputaciones en Ratisbona, es decir en febrero de 1623, resolvió tomar á su servicio al duque Guillermo de Weimar con las tropas hasta entonces por él reclutadas y alistar, además, 7.000 infantes y 3.000 jinetes que pusieran aquel territorio á cubierto de toda violencia y saqueo. El duque Jorge de Luneburg fué nombrado presidente del círculo. Los bajo-sajones trataron de justificar ante el emperador su conducta diciendo que la proximidad de Cristian de Brunswick y de Tilly que se acercaba para combatir al primero entrañaba no pocos peligros para su territorio; y Fernando, que no podia impedir tales armamentos, hi-

zo como que creía en aquella neutralidad y autorizó expresamente las levas, probablemente con la esperanza de que los Estados del círculo impedirían con esas tropas que Mansfeld y Cristian penetraran en sus dominios. Efectivamente los Estados bajo-sajones intimaron al primero á que retirara sus tropas del territorio del círculo, con lo cual pudo parecer durante algun tiempo que el emperador se veía libre del peligro que le amenazaba, tanto mas cuanto que Cristian de Halberstadt queria, al parecer, separarse de la causa del

conde palatino. Cristian se habia disgustado con Mansfeld renunciando por de pronto al cargo de teniente general del mismo, y en una entrevista que celebró con su hermano Federico Ulrico en Kalenberg (24 de febrero de 1623) habia manifestado su propósito de salirse de la alianza «con el rey Federico» y Mansfeld y entregar al servicio del círculo bajo-sajon, á cuyo presidente ofreció leal asistencia. Pero cuando, por consecuencia de sus declaraciones, obtuvo permiso del círculo para entrar en su territorio, lo primero que hizo con



FELIPE III, REY DE ESPAÑA.

Grabado de D. Diego Velázquez, del tamaño del natural, en el Palacio de Madrid, deligado y grabado por D. Francisco Goya, pintor, año de 1778.

El rey Felipe III de España

Facsimile reducido del grabado de D. Francisco José de Goya y Lucientes (1746-1828); cuadro original de Velázquez (1599-1660)

gran espanto de su hermano y de los bajo-sajones fué reforzar sus tropas con nuevos reclutamientos y penetrar en la diócesis de Hildesheim, situándose de este modo en el centro del círculo de la Baja Sajonia.

De gran importancia hubiera sido para el proscrito elector del Palatinado que entonces el círculo bajo-sajon se hubiese resuelto á unirse con Cristian de Halberstadt y á ponerse francamente al lado del palatino, lo cual habria sucedido quizás si el elector de Sajonia, que tan enérgicamente se habia opuesto al emperador en Ratisbona, hubiese mantenido su actitud firme en aquellos momentos. El elector de Brandeburgo, que se mostraba muy compadecido de la suerte del desdichado rey de Bohemia, hizo todos los esfuerzos imaginables para inducir al elector de Sajonia á que combatiera abiertamente contra el emperador; pero en una entrevista que celebraron los dos en Annaberg (21 de marzo de 1623), Juan Jorge rechazó la proposicion que en tal sentido le hizo Jorge Guillermo, pues le inspiraba cierto temor

adoptar un sistema tan extremadamente opuesto á su conducta de los últimos años. A consecuencia de esto, el círculo de la Baja Sajonia guardó por de pronto una actitud expectante y Cristian de Halberstadt y Guillermo de Weimar se vieron reducidos á sus propios recursos. El círculo fué bastante débil para permitir á Tilly, que avanzaba contra Cristian, el paso por su territorio, por lo que no tuvo el de Halberstadt mas remedio que intentar una nueva union con Mansfeld; pero el ejército liguista de Tilly no le dió tiempo para realizarla, sino que el dia 6 de agosto de 1623 le alcanzó entre Nienburg y Stadtlohn y le derrotó por completo, poniendo en dispersion su ejército, haciendo prisioneros á los duques Federico y Guillermo de Weimar y obligándole á él á refugiarse en Holanda. No quedaba, pues, en el Norte de Alemania ningun ejército organizado que pudiera hacer frente á los príncipes católico-liguistas. Esto no obstante, Tilly se quedó en la Baja Alemania cometiendo toda suerte de violencias, cobrando en todas partes contribucio-